

Part Four on
Immigration:
Making the Stranger
Among us our
Neighbor

Three of my last four columns have dealt with the issue of immigration. Today let me bring those reflections to conclusion.

Throughout my priesthood it has been my good fortune to know hundreds of people who live here illegally. Those who were children fifteen years ago have become young adults, but their future here is every bit as insecure now as it was when we met because our national impasse over immigration continues.

It is good to keep in mind some fundamental features of our current situation. Roughly 4% of our population consists of people who have not entered this country legally. Their number is generally thought to have stabilized at around 11 million people, 60% of whom come from Mexico and 20% from Central or South America. In 2011 60% of the adults in this group had lived in the U.S. for ten years; another 20% had lived here between five and nine years. They are a notably young segment, and many are young parents as well. Of those who have lived here a decade or more, 45% have settled in to the extent of owning their own home. There is no denying the import of these statistics: the bulk of these immigrants will be in our midst far into the future.

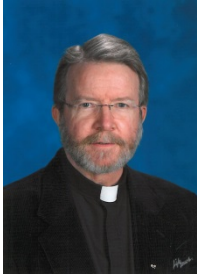
They came here to build a better life, and they are willing to

work hard to attain it. But for many, statistics suggest, a better life means just being able to live here legally, not necessarily to become a citizen. The 1986 amnesty program conferred legal permanent residency status on 2.7 million individuals, but nearly a quarter century later only 41% of them had chosen to become naturalized American citizens. The great majority are content with the security of legal residency. No longer need they fear being apprehended by law enforcement on the way to work, and they are free to deal with public schools and other agencies without fear of detention. They can lead a normal life in the United States, and that is a great improvement over the continual uncertainty of their earlier, undocumented years.

Our challenge as a nation is to find a way to extend that security to the 11 million who now live in uncertainty, without unintentionally inviting millions more to take their place, as happened after the 1986 reform. This means recognizing and balancing legitimate interests in tension with one another. On the one hand, the precarious predicament of the 11 million among us calls out to our compassion for “the stranger,” as Jesus describes him. On the other hand, justice demands that we uphold the integrity of our laws and secure our borders and not look the other way when they are violated. “We have to demand responsibility from people living here illegally,” President Obama has said; but we should be able to hold them accountable without being punitive or vindictive in the process.

There is no shortage of ideas on how to resolve these tensions that will not go away. What is crucial is that

our national debate continue to build momentum toward a solution or solutions—that is, comprehensive legislation or one bill at a time. Too many lives are at stake to put off the day of reckoning any longer. We will be a better nation when we figure out how to make the strangers among us our neighbors.



XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Tres de mis cuatro últimas columnas han tratado la cuestión de inmigración. Déjenme hoy concluir estas reflexiones.

A lo largo de mi sacerdocio ha sido mi buena fortuna el conocer a cientos de personas que viven aquí ilegalmente. Los que eran niños hace quince años se han convertido en jóvenes adultos, pero su futuro aquí es tan incierto como lo era cuando los conocí porque nuestra incomprensión nacional sobre la inmigración continúa.

Es bueno tener en mente algunas de las características fundamentales de nuestra situación actual. Aproximadamente el 4% de nuestra población está formada por personas que no entraron al país legalmente. Se piensa generalmente que el número se ha estabilizado alrededor de 11 millones de personas, el 60% de los cuales provienen de México y el 20% de América Central o del Sur. En 2011 el 60% de los adultos de este grupo había vivido en los EE.UU. durante diez años, y otro 20% había vivido aquí entre cinco y nueve años. Ellos son particularmente jóvenes, y muchos son también padres jóvenes. De los que han vivido aquí más de una década, el 45% se han asentado en la medida de ser dueño de su propia casa. No se puede negar la importancia de estas estadísticas: la mayor parte de estos inmigrantes

estarán entre nosotros en el futuro.

Ellos vinieron aquí para construir una vida mejor, y están dispuestos a trabajar duro para lograrlo. Las estadísticas muestran, que para muchos, una vida mejor significa sólo poder vivir aquí legalmente, no necesariamente obtener la ciudadanía. El programa de amnistía de 1986 otorgo la residencia permanente legal a 2.7 millones de personas, pero casi un cuarto de siglo después, sólo 41% de ellos han optado por convertirse en ciudadanos estadounidenses naturalizados. La gran mayoría están contentos con la seguridad de la residencia legal. Ya no tienen miedo a ser detenidos por la policía en el camino al trabajo, y ellos son libres de ir a las escuelas públicas y otros organismos sin temor a ser detenidos. Pueden llevar una vida normal en los Estados Unidos, y es una gran mejora con respecto a la incertidumbre continua de sus primeros años, en situación irregular.

Nuestro reto como nación es encontrar una manera de extender la seguridad a los 11 millones que ahora viven en la incertidumbre, sin querer invitar a millones más para ocupar su lugar, como sucedió después de la reforma de 1986. Esto significa reconocer y conciliar los intereses legítimos de la tensión entre unos y otros. Por un lado, la situación precaria de los 11 millones que viven entre nosotros nos pide compasión por “el extranjero”, como Jesús lo describe. Por otro lado, la justicia exige que defendamos la integridad de nuestras leyes y aseguremos nuestras fronteras y no mirar a otro lado cuando se violan. “Tenemos que exigir responsabilidad a las personas que viven aquí ilegalmente”, dijo el

presidente Obama, pero debemos hacerlos responsables sin ser punitivos o vengativos en el proceso.

No hay escasez de ideas sobre la forma de resolver estas tensiones que no van a desaparecer. Lo que es crucial es que nuestro debate nacional siga impulsado hacia la construcción de una solución o soluciones, o sea, una legislación integral o una propuesta de ley que solucione esto. Demasiadas vidas están en juego para posponer el día para encontrar la solución. Seremos una nación mejor cuando encontremos la manera de hacer de los extranjeros entre nosotros nuestros vecinos.